

libro de la beneficencia nacional, creando inscripciones productivas de rentas para distribuir entre los labradores imposibilitados. Cambió la beneficencia en deber y la caridad en institución.

Leyendo todos estos decretos el pueblo empezaba á creer que había conquistado con su sangre los principios democráticos, y que la filosofía, que por mucho tiempo había eclipsado la lucha revolucionaria, iba á dimanar de la victoria y trasformarse en gobierno. Solo el cadalso contrastaba con aquellas aspiraciones.

## XIII.

Robespierre manifestaba siempre en secreto, el deseo de abolirlo, pero no podía, según decía, abolir el terror sino por un terror más grande. Instruido por las murmuraciones que habían estallado en torno de él en la festividad del Ser Supremo y por las confidencias de Saint-Just y de Lebas, del odio de las comisiones contra él, resolvió, en fin, aturdir á sus rivales por la audacia y adelantarse á ellos por la prontitud. El 22 pradiar, dos días después de la ceremonia del Ser Supremo, propuso inopinadamente á la Convención, de concierto con Couthon, un proyecto de decreto para la reorganización del tribunal revolucionario. Aquel proyecto dracónico no había sido comunicado sino en parte á las comisiones. Era el código de la arbitrariedad sancionado en cada disposición por la muerte y ejecutado por el verdugo.

En la categoría de los enemigos del pueblo, se comprendían á todos los ciudadanos, fuesen ó no miembros de la Convención que una sospecha pudiese alcanzar. No había inocencia en la nación ni inviolabilidad en los miembros del gobierno. Aquello era la omnipotencia de

los juicios y de las penalidades, y la dictadura, no de un hombre, sino del cadalso.

Ruamps, después de haber oído el proyecto de decreto exclamó: «¡Si este proyecto pasa sin aplazarse, me levanto la tapa de los sesos!» Barrere, que semejante audacia en la proposición del decreto del 22 pradiar había convencido de la fuerza de Robespierre, defendía la necesidad. Bourdon del Oise se atrevió á contestar. Robespierre insistió en que se discutiese en sesión permanente. «Desde que nos hemos desembarazado de las facciones, dijo con un movimiento de cabeza que indicaba el sitio que ocupaba Danton, votamos en el acto; estas peticiones de aplazamiento son fingidas en este momento.»

El aturdimiento hizo votar el decreto, pero la noche persuadió á la Convención que había votado su propia perdición. Algunos conciliábulos se tuvieron entre los principales adversarios de Robespierre; estos conciliábulos se tuvieron en casa de Courtois, diputado moderado que aborrecía á Robespierre por los recuerdos que conservaba de Danton, su compatriota y amigo.

A la apertura de la sesión del siguiente día, Bourdon del Oise se atrevió á subir á la tribuna; pidió que la Convención se explicase sobre lo que había entendido hacer el día antes y que se reservase solo á sí misma el derecho de acusar á sus miembros; Merlin apoyó á Bourdon del Oise. Se adoptó una explicación del decreto que desarmaba á Robespierre y á las comisiones.

En la sesión siguiente, Delbrel y Mallarmé pidieron otras explicaciones que enervaban más el decreto. El cobarde Legendre se apresuró á rechazar aquellas atenuaciones para complacer á los que él no se perdonaba haber inquietado. Couthon defendió enérgicamente su obra. Lisongé á la Convención, tranquilizó á las comisiones y atacó á Bourdon del Oise. «¿Qué más hubieran dicho Pitt y Coburgo?» exclamó. «Bourdon del Oise se escusó con or-

gullo. «Sepan, dijo, los miembros de las comisiones, que si son patriotas nosotros lo somos tanto como ellos. Apremio á Couthon, estimo á la comision, pero estimo tambien á la firme Montaña que ha salvado á la libertad.»

Robespierre irritado se levantó: «Los discursos que acabais de oír prueban la necesidad de esplicarse mas claramente, dijo, Bourdon ha tratado de separar la comision de la Montaña. La Convencion, la comision y la Montaña es la misma cosa. (Aplausos.) ¡Ciudadanos! cuando los gefes de una faccion sacrilega, los Brissot, los Vergniaud, los Gensonné y demas malvados de quienes el pueblo francés no pronunciará nunca el nombre sin horror, se pusieron á la cabeza de una parte de esta augusta asamblea, fué sin duda el momento en que la parte pura de la Convencion debia reunirse para combatirlos. Entonces el nombre de la Montaña que les servia como de asilo en medio de aquella tempestad, fué sagrado por que designaba la porcion de los representantes del pueblo que luchaba contra la mentira; pero desde el momento que estos hombres han caido bajo la cuchilla de la ley, desde el momento en que la probidad, la justicia y las costumbres se han puesto al órden del día, no puede haber mas que dos partidos en la Convencion: los buenos y los malos. Si tengo el derecho de dirigir este language á la Convencion en general, creo tener tambien el de dirigirlo á esta Montaña célebre á la que no soy sin duda extraño. Creo que este language que sale de mi corazon, vale tanto como el que sale de la boca de otro.

«Si, montañeses, vosotros sereis siempre el baluarte de la libertad pública, pero nada teneis de comun con los intrigantes y los perversos cualesquiera que ellos sean. La Montaña no es otra cosa que la altura del patriotismo. Un montañés no es otra cosa que un patriota puro, razonable, sublime. Seria ultrajar á la Convencion sufrir que algunos intrigantes mas despreciables que los otros por que son mas hipócritas: se esforzasen en arrastrar á una

porcion de esta Montaña y hacerse gefes de partido.

—«Esto Seria el exceso del oprobio, repuso Robespierre con mas fuerza, que algunos de nuestros colegas extraviados por la calumnia sobre nuestras intenciones y sobre el objeto de nuestros trabajos...»

Bourdon del Oise interrumpiéndole: «Pido, dijo, que se pruebe lo que se está diciendo. Se acaba de decir claramente que yo soy un malvado.»

«Pido en nombre de la patria, repuso Robespierre, que se me conserve el uso de la palabra. Yo no he nombrado á Bourdon del Oise; desgraciado el que se nombre. Pero si él quiere reconocerse en el retrato general que el deber me ha obligado á trazar, no está en mi poder impedirlo. Si, continuó con un tono mas amenazador, la Montaña es pura, es sublime, pero los intrigantes no pertenecen á la Montaña.» Muchas voces exclamaron: «¡Nombradlos, nombradlos!»

«Yo los nombraré cuando sea necesario, replicó Robespierre, y continuó en trazar el cuadro de las intrigas que trabajaban á la Convencion.

«Venid en nuestro socorro, dijo al concluir, no permitir que se nos separe de vosotros, por que somos una parte de vosotros mismos y nada somos sin vosotros.

«Dadnos fuerza para sobrellevar la penosa carga que nos habeis impuesto. Permanezcamos siempre unidos á pesar de nuestros comunes enemigos...»

Los aplausos de la mayoría de la Convencion no le permitieron acabar. Se pidió que el decreto fuese puesto á votacion. Lacroix, Merlin y Tallien se retractaron. Robespierre desmintió á Tallien sobre un hecho de espionaje de las comisiones que éste acababa de denunciar á la Convencion. «El hecho es falso, dijo Robespierre, pero lo que es verdad es que Tallien es uno de los que hablan sin cesar con espanto de la guillotina, como cosa que les concierne, para inquietar y envilecer á la Convencion.— La impudencia de Tallien es estrema, añadió Billaud

Varenes, miente con increíble audacia; pero ciudadanos, nosotros permaneceremos unidos, los conspiradores perecerán y se salvará la patria.»

La comisión y Robespierre, unidos por un peligro común, se reunieron momentáneamente, en aquella sesión para arrancar de viva fuerza á la Convención el arma que debía diezmarla. El triunfo de Robespierre fué completo. En aquella misma noche, Tallien que temblaba por su vida, escribió una carta confidencial á Robespierre en la que se le humillaba. Esta carta no se encontró entre los papeles de Robespierre sino despues de su muerte. En ella se manifiesta el poder del dictador y el servilismo del representante.

«Robespierre, te decía Tallien, las terribles é injustas palabras que has pronunciado resuenan aun en mi ulcerada alma. Vengo con la franqueza de un hombre de bien á darte algunas aclaraciones: algunos intrigantes que quieren ver divididos á los patriotas te rodean hace tiempo y te previenen contra muchos de tus colegas, y sobre todo contra mí.

«No ha sido la primera vez que se ha usado este medio. Debe recordarse mi conducta en un tiempo en que pude ejercer bastantes venganzas. Me refiero á tí mismo, Robespierre; no he cambiado ni de principios ni de conducta; constante amigo de la justicia, de la verdad y de la libertad, yo no me he desviado un solo momento de estos objetos. En cuanto á las intenciones que me suponen, las niego. Sé que se me ha pintado á los ojos de las comisiones y á los tuyos como un hombre inmoral, ¡pues bien! que vengan á mi casa y me encontrarán con mi anciana y respetable madre en la habitación que ocupábamos antes de la revolución. No tengo ningun lujo, y á escepción de algunos libros, no se ha aumentado ni con un sueldo lo que antes poseía. He podido cometer sin duda algunos errores, pero son involuntarios é inseparables de la debilidad humana. He aquí mi profesion de fé de la que nunca

me separaré: es un mal ciudadano el que detenga la marcha de la revolución. Talesson, Robespierre, mis sentimientos. Viviendo solo y aislado, tengo pocos amigos, pero siempre lo seré de los verdaderos defensores del pueblo.» Robespierre despreció esta carta y no respondió á ella. No estimaba mucho á Tallien para creer que semejante pluma pudiese convertirse nunca en puñal. En revolución no se desconfía bastante de los hombres serviles. Ellos solos son un peligro.

## XIV.

Algunos días despues Robespierre en los Jacobinos no atacó con menor imprudencia á un hombre mas flexible y mas temible aun que Tallien: este era Fouché. Le hizo escluir de la sociedad por haber predicado el ateísmo en Nevers. «¿Teme este hombre aparecer entre vosotros? dijo. ¿Teme los ojos y los oidos del pueblo? ¿Teme que su triste figura presente el crimen en rasgos visibles? ¿Que seis mil miradas fijas sobre él no descubran en sus ojos su alma entera y que á pesar de la naturaleza que los ha ocultado se lean sus pensamientos?»

Los odios que se acumulaban de todas partes contra él, empezaban á fermentar mas descubiertamente en el seno de las comisiones. Robespierre, Couthon y Saint-Just, le pedian imperiosamente que se sirviese del decreto que habian obtenido para enviar al tribunal revolucionario los hombres que agitaban á la Convención. Aquellos hombres eran principalmente: Fouché, Tallien, Bourdon del Oise, Freron, Thuriot, Rovere, Lecointre, Barras, Legendre, Cambon, Leonardo Bourdon, Duval, Audouin, Carrier y Joseph Lebon. Indecisas las comisiones dudaban. Couthon apeló á los Jacobinos: «Las sombras de Danton, de Hebert y de Chaumette se pasean todavía entre

nosotros, les dijo en la sesion del 26. Buscan perpetuar los males que nos han hecho estos conspiradores. La república ha puesto toda su confianza en la Convencion y esta la merece, pero existen aun algunos espíritus perversos en su seno. Es tiempo ya que estos malvados sean descubiertos y castigados. Afortunadamente, añadió, su número es pequeño y puede que no lleguen á cuatro ó seis. ¡Que los malos caigan, que perezcan!

Frecuentemente estallaban altercados en la comision de salud pública entre Robespierre y sus colegas. Billaud Varennes no ocultaba sus sospechas sobre el uso que los triunviros se proponian hacer del decreto del 22 pradiar. «¿Tú quieres guillotinar á toda la Convencion? dijo un día á Robespierre.» Carnot y el mismo Collot de Herbois, reprendian en términos injuriosos á Robespierre la opresion que hacia pesar sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just que afectaba desorganizar sus planes militares con el atrevimiento de un jóven inesperto. Vadier, presidente de la comision de seguridad general, participaba de la animosidad de sus colegas y las espresaba con mas rusticidad.

El día antes en que Elias Lacoste debía dar su informe sobre los cómplices de Ladmiral y Cecilia Renault, Vadier fué á la comision. «Mañana, dijo á Robespierre, daré tambien un informe sobre un negocio que tiene relacion con éste, y propondré la acusacion de la familia de Saint-Amarante.—Tú no harás nada, le dijo imperiosamente Robespierre.—Lo haré, repuso Vadier. Tengo todas las pruebas en mi poder y prueban la conspiracion; la descubriré toda entera.—Pruebas ó no, si tú lo haces yo te atacaré, replicó Robespierre levantándose y reteniendo apenas las lágrimas de ira que caian de sus ojos. Pues bien, yo os liberto de mi tiranía. Me retiro, ¡salvad la patria sin mí si podeis! En cuanto á mí, estoy resuelto; no quiero renovar el papel de Cromwell.» Y se retiró, en efecto, pronunciando estas últimas pala-

bras, y no volvió á entrar mas en la comision de salud pública.

Unos miraron aquella ausencia y abdicacion voluntaria como una debilidad, otros como habilidad. El valor que habia mostrado hasta entonces Robespierre en presencia de sus enemigos y que mostró despues ante la muerte, no permiten creer que fuese debilidad. Desde el momento en que Robespierre no pudo dominar á las comisiones por el ascendiente de su voluntad y de su popularidad, le pareció obrar sábiamente en separarse ostensiblemente de sus colegas. Se desprendió así de la responsabilidad de los crímenes que iban á señalar su ausencia, declarándose por aquella ausencia en oposicion de hecho con el gobierno, porque meditando derribar la comision no podia quedar á los ojos de la opinion cómplice de sus actos. Se va á ver á qué lado se inclinó la opinion pública y quien la atrajo, si un hombre ó la anarquía.

## XV.

Pero la retirada de Robespierre no le desarmaba completamente en el seno mismo de la comision. Conservaba una mano invisible en el centro del gobierno. Saint-Just acababa de volver al ejército del Rhin. Su ausencia habia dejado vacante en la comision de salud pública la presidencia de la direccion de policia general. Robespierre se encargó de reemplazar á su jóven colega, teniendo de esta suerte el hilo de todas las tramas que se podian urdir contra él, y por medio de los numerosos espías de aquella policia podia envolver á sus enemigos en sus propias tramas. Los papeles secretos que se encontraron en su casa despues de su caída, manifiestan la vigilancia que ejercia sobre todos los miembros temibles

nosotros, les dijo en la sesion del 26. Buscan perpetuar los males que nos han hecho estos conspiradores. La república ha puesto toda su confianza en la Convencion y esta la merece, pero existen aun algunos espíritus perversos en su seno. Es tiempo ya que estos malvados sean descubiertos y castigados. Afortunadamente, añadió, su número es pequeño y puede que no lleguen á cuatro ó seis. ¡Que los malos caigan, que perezcan!»

Frecuentemente estallaban altercados en la comision de salud pública entre Robespierre y sus colegas. Billaud Varennes no ocultaba sus sospechas sobre el uso que los triunviro se proponian hacer del decreto del 22 pradial. «¿Tú quieres guillotinar á toda la Convencion?» dijo un día á Robespierre. Carnot y el mismo Collot de Herbois, reprendian en términos injuriosos á Robespierre la opresion que hacia pesar sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just que afectaba desorganizar sus planes militares con el atrevimiento de un joven inesperto. Vadier, presidente de la comision de seguridad general, participaba de la animosidad de sus colegas y las espresaba con mas rusticidad.

El dia antes en que Elias Lacoste debía dar su informe sobre los cómplices de Ladmiral y Cecilia Renault, Vadier fué á la comision. «Mañana, dijo á Robespierre, daré tambien un informe sobre un negocio que tiene relacion con éste, y propondré la acusacion de la familia de Saint-Amarante. —Tú no harás nada, le dijo imperiosamente Robespierre. —Lo haré, repuso Vadier. Tengo todas las pruebas en mi poder y prueban la conspiracion; la descubriré toda entera. —Pruebas ó no, si te lo haces yo te atacaré, replicó Robespierre levantándose y reteniendo apenas las lágrimas de ira que caian de sus ojos. Pues bien, yo os liberto de mi tiranía. Me retiro, ¡salvad la patria sin mí si podeis! En cuanto á mí, estoy resuelto; no quiero renovar el papel de Cromwell.» Y se retiró, en efecto, pronunciando estas últimas pala-

bras, y no volvió á entrar mas en la comision de salud pública.

Unos miraron aquella ausencia y abdicacion voluntaria como una debilidad, otros como habilidad. El valor que habia mostrado hasta entonces Robespierre en presencia de sus enemigos y que mostró despues ante la muerte, no permiten creer que fuese debilidad. Desde el momento en que Robespierre no pudo dominar á las comisiones por el ascendiente de su voluntad y de su popularidad, le pareció obrar sábiamente en separarse ostensiblemente de sus colegas. Se desprendió así de la responsabilidad de los crímenes que iban á señalar su ausencia, declarándose por aquella ausencia en oposicion de hecho con el gobierno, porque meditando derribar la comision no podia quedar á los ojos de la opinion cómplice de sus actos. Se va á ver á qué lado se inclinó la opinion pública y quien la atrajo, si un hombre ó la anarquía.

## XV.

Pero la retirada de Robespierre no le desarmaba completamente en el seno mismo de la comision. Conservaba una mano invisible en el centro del gobierno. Saint-Just acababa de volver al ejército del Rhin. Su ausencia habia dejado vacante en la comision de salud pública la presidencia de la direccion de policia general. Robespierre se encargó de reemplazar á su joven colega, teniendo de esta suerte el hilo de todas las tramas que se podian urdir contra él, y por medio de los numerosos espías de aquella policia podia envolver á sus enemigos en sus propias tramas. Los papeles secretos que se encontraron en su casa despues de su caída, manifiestan la vigilancia que ejercia sobre todos los miembros temibles

de la Convencion y de las comisiones. Conservaba el principal resorte de un gobierno proscriptor que es la delacion. No era la mano, pero siempre el oido y la vista del gobierno revolucionario. Además, era la única voz que escuchaba el pueblo, y no dudaba en que el día en que él levantase aquella voz acusando á sus enemigos, destruiría el débil aparato de sus odios é intrigas que fraguaban en su contra: pero quería dejarlos que se metiesen mas en el lazo que les tendía por su ausencia para que se hiriesen de muerte á sí mismos con las armas que les dejaba. Acumulaba en silencio los informes confidentiales sobre sus opiniones, registraba sus negociaciones, contaba sus pasos, notaba sus palabras é interpretaba sus pensamientos. He aquí los testimonios ó las sospechas que recogía y que consultaba para escoger en la hora de la venganza entre sus víctimas ó sus partidarios.

«Legendre, le escribían sus espías, ha sido visto ayer paseando con el general Perrin. La conversacion era animada y misteriosa. Se han separado á las once. Legendre entró al medio día en la Convencion y salió á la una. Se ha reparado que se paseaba en las Tullerías, que su aspecto indicaba el cuidado y el fastidio. Se reunió con él un desconocido y hablaron en voz baja.

«Thuriot ha salido á las siete con una muger de una casa desconocida. Ha llevado á esta muger al jardín del palacio Igualdad. Se han paseado bajo los árboles y han entrado en otra casa para cenar. A media noche aun no habían salido.

Tallien ha permanecido ayer en los Jacobinos hasta el fin de la sesion. Al salir ha esperado á un hombre armado con un grueso baston, que le acompaña ordinariamente. Se han cogido del brazo y han hablado en voz baja, alejándose hácia el lado del jardín Igualdad. Han estado hablando hasta media noche. Tallien ha ido en un coche de alquiler á la calle de la Bella-Perla. El hom-

bre del grueso baston se ha marchado sin que hayamos podido descubrir su casa ni su calle. Va vestido con sacaca roja y blanca á anchas rayas, tiene rubio el cabello y es de la edad de Tallien.

«Tallien no ha salido de su casa ayer, hasta las tres de la tarde. Uno de sus confidentes nos ha dicho que habiéndole preguntado por qué no hacia hablar de él en la Convencion, Tallien le ha respondido que estaba disgustado desde que le habian echado en cara en la comision de no haber guillotinado mas en Burdeos. Hay agentes confidentiales que le instruyen de todo lo que pasa en las comisiones. Se hace escoltar cuando sale por cuatro ciudadanos que lo vigilan de lejos.

«Thurion, Charlier, Fouché, Bourdon del Oise, Gaston y Breard han tenido esta mañana conversaciones secretas en la Convencion.

«Bourdon del Oise se le ha visto ayer en la calle, inmóvil, reflexionando, indeciso por qué lado se dirigiria.

«Tallien ha estado ajustando libros esta mañana durante una hora en una librería del dique: miraba constantemente á un lado y otro con inquietud y con sospecha.»

## XVI.

Estos informes instruan de hora en hora á Robespierre de los pasos de sus enemigos. Couthon observaba por sí mismo el interior de la comision de salud pública, David y Lebas la de seguridad general, Coffinhal el tribunal revolucionario y Payan á la municipalidad. Ningun movimiento, ningun síntoma se le ocultaba. Las notas escritas por su propia mano revelan su continua meditacion sobre los caracteres y sobre los antecedentes de los hombres que se preparaba á destruir con las comisio-

nes ó á elevar al gobierno. En sus manuscritos secretos formaba el catálogo de sus sospechas ó de sus confianzas.

«Dubois Crancé, escribía, en el caso de la ley que destierra de París por haber usurpado títulos falsos de nobleza, y despedido como intrigante del ejército de Cherburgo. Ha dicho que era necesario esterminar hasta el último vendeano. Amigo de Danton, partidario de Orleans, con el que tuvo relaciones muy estrechas.

«Delmas ex-noble, intrigante vicioso, coaligado con la Gironda, amigo de Lacroix, confidente de Danton: tiene relaciones con Carnot.

«Thuriot no ha sido nunca mas que un partidario de Orleans. Su silencio desde la caída de Danton contrasta con su eterna loenacidad antes de esta época. Agita bajo mano á la Montaña y fomenta las facciones. Asistió á las comidas de Danton y de Lacroix en casa de Guzman y en otros parages sospechosos.

«Bourdon del Oise se ha cubierto de crímenes en la Vendée, en donde ha tenido el placer, en sus orgías con el traidor Tunk, de matar soldados con sus propias manos. Une á la perfidia el furor. Ha sido uno de los mas fogosos defensores del sistema del ateísmo. El día de la fiesta del Ser Supremo, se permitió con este motivo los mas groseros sarcasmos delante del pueblo. Hacia reparar con afectación á sus colegas las señales de favor que el pueblo le manifestaba. Hace diez dias que estando en casa de Boulanger encontró á una jóven sobrina de éste: tomó dos pistolas que estaban sobre la chimenea. La jóven le advirtió que estaban cargadas. «Bien, le dijo, si yo me mato, se dirá que tú me has asesinado y serás guillotinado!» Tiró las pistolas á la jóven, pero no se dispararon porque no estaban cebadas. Este hombre se pasea sin parar con aire de asesino que medita un crimen. Parece que lo persigue la imágen del cadalso y las furias.

«Leonardo Bourdon intrigante despreciable en todo tiempo, es uno de los cómplices inseparables de Hebert:

amigo de Cloutz. Nada iguala la bajeza de sus intrigas para aumentar el número de sus pensionarios y para apoderarse de los ahijados de la patria. Fué uno de los primeros que introdujeron el uso en la Convencion de envilecerla por sus acciones indecentes, así como de hablar con el sombrero puesto y presentarse en un traje cinico.

«Medin, famoso por la capitulación de Maguncia, mas que sospechoso de haber recibido el precio.

«Montaut, antes marqués, busca vengar su humillada casta por sus denuncias eternas contra la comision de salud pública.»

## XVII.

En oposición con estos hombres de que desconfiaba, escribía los nombres de los que se proponía llamar á los grandes destinos de la república. Estos eran Hermann para la administracion; Payan ó Julian para la instrucción pública; Fleuriot para el corregimiento de París; Buchot ó Fourcade para los negocios estrangeros; Albarade para la marina; Jaquier, cuñado de Saint-Just; Coffinhal, Subleyras, Arthur, Darthe y otra porcion de nombres oscuros, escogidos hasta entre los artesanos, pero notados de celo, patriotismo y virtudes cívicas.

Al lado de estos nombres salidos de su pluma para hallarlos en el día de su poder, llovian á centenares cartas anónimas ó firmadas que deseaban al mismo tiempo al tirano de la Convencion la apoteosis ó la muerte. Aquellas cartas manifestaban igualmente por el entusiasmo ó por la invectiva el inmenso alcance de aquel nombre que llenaba por sí solo tantas imaginaciones en la república.

«Tú que iluminas el universo con tus escritos, decia una de aquellas cartas, tú llenas al mundo con tu fama; tus principios son los de la naturaleza; tu lenguaje el de

la humanidad; tú conviertes á los hombres á su dignidad natural. Segundo creador, tú regeneras el género humano.»

«¡Robespierre! ¡Robespierre! dice otra carta, ya lo ves, tú aspiras á la dictadura, y quieres matar á la libertad. Tú has conseguido hacer perecer á los mas firmes apoyos de la república. Así fué como Richelieu consiguió reinar haciendo correr sobre los cadalsos la sangre de todos los enemigos de sus planes. Tú has sabido prevenir á Danton y Lacroix, ¿sabrás prevenir el golpe de mi mano y de veinte y dos *Brutos* como yo? Treinta veces he intentado clavarte en el seno un puñal envenenado. He querido compartir esta gloria con otros. Tú pereceras por la mano que no sospechas y que estrecha la tuya.»

«Te he visto, dice otra, al lado de Petion y de Mirabeau, padres de la libertad, y ahora veo que has quedado sano en medio de la corrupcion y en pie entre ruinas. No confies sino á tí mismo la ejecucion de tus designios. ¡Tú serás mirado en los futuros siglos como la piedra angular de nuestra constitucion!»

«¡Tú vives aun, tigre sediento de la sangre de Francia, decian en otra, verdugo de tu país! ¡Tú vives aun! Pero tu hora se acerca. Esta mano que tus estraviados ojos quieren descubrir, se levanta contra tí. Todos los dias estoy contigo; todos los dias, todas las horas busco lugar para herirte. ¡Adios, esta misma tarde mirándote voy á gozarme en tu terror!»

En otra parte. «¡Robespierre, columna de la república, alma de los patriotas, genio incorruptible, montañés ilustrado, que todo lo ve, que todo lo prevee, verdadero orador, verdadero filósofo, á quien yo no conozeo sino como á Dios por maravillas; la corona, el triunfo se os debe; entre tanto que el incienso civico perfuma ante el altar que nosotros elevaremos y que reverenciará la posteridad mientras que los hombres conozcan el precio de la libertad y de la virtud!»

«¡No podeis escoger momento mas favorable, le escribia Payan (su confidente mas ilustrado en la municipalidad) para herir á todos los conspiradores! ¡Haced, os lo repito, un vasto informe que abrace á todos los conspiradores, que muestre todas esas conspiraciones reunidas en el dia en una sola, que se veian á los fayetistas, los realistas, los federalistas, los hebertistas, dantonistas y los *bourdonistas*!... ¡Trabajad en grande! ¡Esta carta podria perderme, quemadla!»

## XVIII.

En medio de estas correspondencias publicas, otras domésticas distraian la atencion del hombre de Estado, llamándola sobre las divisiones de su familia. «Nuestra hermana, le escribia su hermano menor, no tiene una sola gota de sangre que se parezca á la nuestra. Si, y he visto en ella tales cosas que la miro como nuestra mas grande enemiga. Abusa de nuestra reputacion sin mancha para darnos la ley y para amenazarnos de dar un paso escandaloso que nos perderia. Es necesario tomar un partido decisivo con ella, hacerla ir á Arrás y alejar de este modo de nosotros una muger que hace nuestra comun desesperacion. ¡Quisiera darnos la fama de malos hermanos!»

«Importa para vuestra tranquilidad que me aleje de vosotros, (escribia á su vez la hermana). Importa tambien por lo que dice á la causa pública, que yo no viva mas en París. Debo libraros ante todo de un objeto odioso. Desde mañana podeis entrar en vuestro aposento sin temor de encontrarme. Mi permanencia en París no os inquietará mas. No cuido en asociar á mis amigos en mi desgracia. No necesito mas que algunos dias para calmar el desorden de mis ideas y decidirme sobre el lugar de



mi destierro. El cuartel que habita la ciudadana Laporte en cuya casa voy á refugiarme provisionalmente, es el sitio en toda la república en que puedo estar mas ignorada.»

Pero si Robespierre no se dejaba distraer de la vigilancia sobre sus enemigos, ni por sus cuidados domésticos, ni por su extrema indigencia, ni por las adoraciones, ni por las amenazas de sus corresponsales, las comisiones no dejaban adormecer igualmente ni sus odios, ni sus alarmas, ni sus sordas conspiraciones contra él. Billaud Varennes, Collot de Herbois, Barrere, Vadier, Amar y Elías Lacoste, se esforzaban por un acrecentamiento del terror, en prepararse ante la Convencion y ante los Jacobinos, contra las acusaciones de indulgencia que Robespierre hubiera podido dirigirles. Por otro lado afectaban rechazar en él solo las ejecuciones del tribunal revolucionario y representarlo en sus confidencias como un insaciable verdugo de sus colegas. «¡Que nos pida las cabezas de Tallien, de Bourdon y de Legendre, se puede discutir, decia Barrere, ¡pero las cabezas de todos los gefes de la Convencion que le inquietan, no se puede condescender á estas exigencias de sangre!»

Se hacia correr en los bancos las pretendidas listas de las cabezas pedidas por Robespierre, á fin de apasionar por el terror á los que no eran apasionados por deseos. Moisés Bayle, miembro influyente de la comision de seguridad general, confesó un dia la duplicidad de la comision en sus relaciones con Robespierre: «Tallien, decia Moisés Bayle, ha cometido tantos crímenes, que de quinientas mil cabezas no conservaria una si se le hiciese justicia. La comision tiene las pruebas y los documentos. Pero bastará que fuese atacado por Robespierre para que guardásemos silencio.»

Los hombres amenazados por Robespierre estaban advertidos por el cuidado de la comision. Advertia á los que él miraba con indiferencia. Algunos conciliábulos

nocturnos se tenian tanto en casa de Tallien como en la de Barras, entre Locoindre, Freron, Barras, Tallien, Garnier del Aube, Rovere, Thirion, Guffroy y los dos Bourdon. Se concertaban los medios de despolarizar la fama, de detener ó prevenir los golpes de Robespierre, manifestar su ambicion y sellar su tiranía. El extremo peligro, el profundo misterio, el cadalso levantado y cercano, daban á aquella oposicion naciente, el carácter, el secreto y la desesperacion de una conjuracion. Tallien, Barras y Freron eran el alma. Estos tres dipatados, llamados de sus comisiones de Burdeos, Marsella y Tolon y amenazados por la severa cuenta que les pediria Robespierre, habian depuesto con sentimiento el poder de sus funciones. Procónsules absolutos por mucho tiempo: árbítrios soberanos de la vida y los despojos, les costaba trabajo volver á su estado de simples diputados y temblar ante un dueño. El poder dictatorial que habian ejercido en el ejército, la costumbre de los combates, los servicios hechos á la república, el uniforme que habian llevado á la cabeza de nuestras columnas daban alguna cosa mas marcial y mas precisa á sus resoluciones.

Los campamentos enseñan á despreciar las tribunas. Barras, Freron y Tallien formaban en medio de aquellos hombres de palabras el gérmen y el centro de un partido militar pronto á cortar con el sable el nudo de la trama que se urdia alrededor de ellos. Tallien imprimia la desesperacion, Freron la venganza, y Barras la confianza á los conjurados. Eran tres hombres de accion tanto mas á propósito á los golpes de mano, cuanto menos tenían la supersticion de las leyes y los escrúpulos de la libertad. Conspiradores á la manera de Danton, olvidaban en las revoluciones los principios para no ver mas que las circunstancias; mas aficionados de poderes y de goces que de constituciones, y queriendo salvar á cualquier precio sus cabezas en lugar de llevarlas con resignacion sobre el cadalso. Obrar, prevenir y herir era toda su táctica.